

El fin del milagro japonés

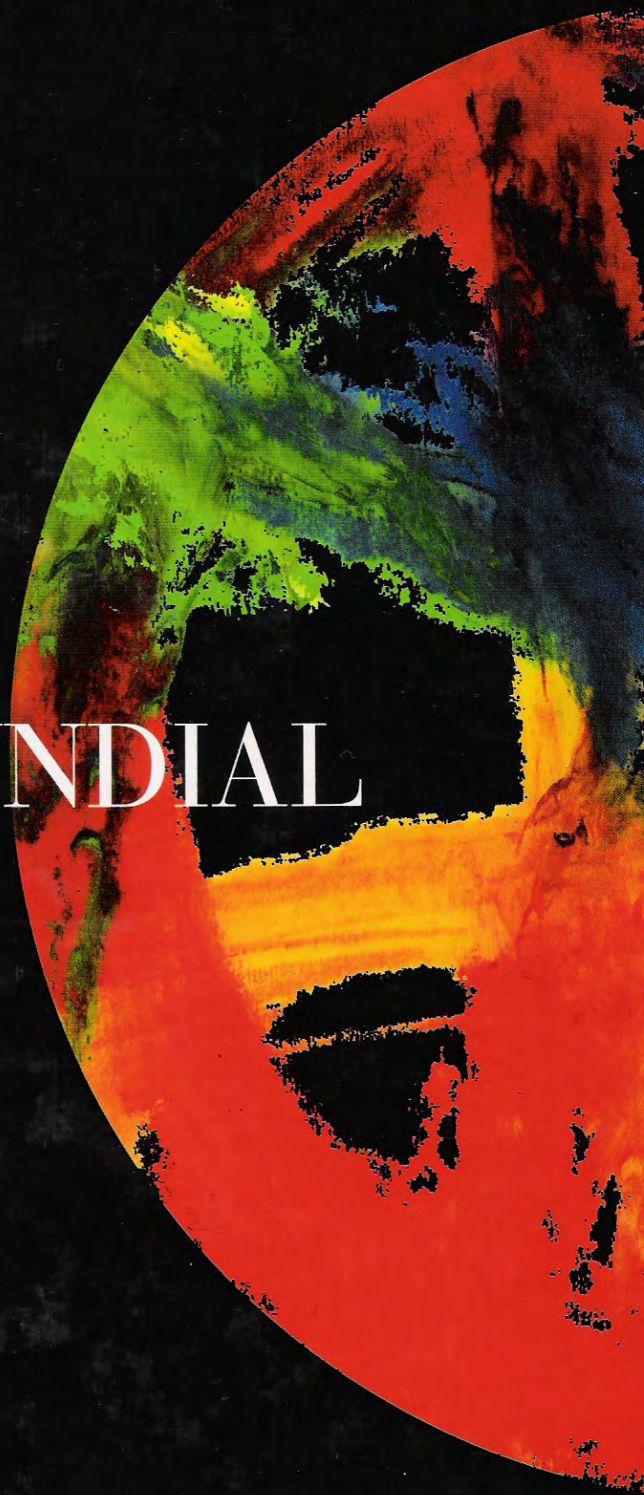
Pueden aducirse cinco razones principales del crecimiento japonés: el aumento de la productividad gracias a la innovación tecnológica; tener un ahorro e inversión mucho mayor que en otros países; su fuerza de trabajo tan motivada; haber utilizado el sector exterior como motor del crecimiento (las exportaciones aumentaron a una tasa media anual del 17% entre 1953 y 1965), y por último, una eficiente labor estatal de coordinación (principalmente, desde el Ministerio de Comercio Exterior e Industria - MITI en sus siglas inglesas). Un auge económico que parecía inacabable llevó a sacar conclusiones sobre la economía japonesa difícilmente comprensibles en otros países. La prensa buscó causas culturales, e incluso características raciales únicas, para explicar ese éxito; se predijo que Japón llegaría a ser la primera potencia del mundo y que desbancaría a Estados Unidos, y los académicos también se dejaron empapar de esta euforia. Eisuke Sakakibara, por ejemplo, llegó a asegurar que el sistema económico japonés había ido "más allá del capitalismo" y Lester Thurow afirmó que dicho sistema de "economía del productor" era superior al de la "economía del libre mercado del consumidor".

Los acontecimientos han probado que estas conclusiones fueron precipitadas porque una buena parte del éxito japonés se basaba en una "burbuja" financiera, que acabó por estallar en 1989. La evolución de la década de los noventa ha venido a demostrar que, ciertamente, en las décadas anteriores había habido mucha efervescencia especulativa. Así, en contraste con el periodo anterior, el crecimiento anual medio, después de 1992, apenas ha llegado al 1%, el déficit estatal actual está muy lejos de los criterios mínimos de Maastricht para la Europa del Euro y las empresas japonesas ya no están en condiciones de obtener la hegemonía que parecía al alcance de sus manos hace años: Fujitsu no ha superado a IBM, como se pensaba entonces, sino que ha sido Microsoft.

Todo esto ha demostrado la fragilidad del sistema japonés ante los nuevos tiempos, puesto que los motivos del auge anterior ahora se han convertido, en buena parte, en lastre para una mejora futura. La inversión ha dejado de rendir frutos y se ha ido haciendo cada vez menos productiva pues, con los años, su rendimiento se ha conseguido en otros países con menor cantidad de factores; los trabajadores capaces de fabricar unos productos casi perfectos ya no son tan buscados como los que derrochan creatividad e imaginación; se valora hoy más la especialización en un área que la lealtad a la empresa, y el sistema educativo, enfocado a memorizar, esforzarse y buscar un espíritu de grupo, ya no puede mantenerse. Con una economía mundial muy integrada y con tantos países produciendo a precios más baratos, el sector exterior ya no puede cumplir el papel dinamizador de la expansión japonesa como ocurrió antaño. El Estado, por último, ni ha sabido cumplir recientemente con la función de proteger a los débiles, ni tiene la influencia de tiempos anteriores. Sí, tras la guerra, protegió a sectores que después se convirtieron en ganadores, con los años pasó a beneficiar a empresas perdedoras. Las industrias con las tarifas arancelarias más elevadas en la década de los setenta, siguieron teniendo en la década de los noventa los mayores déficits. Peor aún, la intervención estatal ha permitido que, junto con las empresas más punteras, sigan conviviendo sectores claves con una gestión muy poco modernizada, como la construcción o el comercio. Fabricar un coche en Japón puede costar la mitad que en otro país desarrollado, pero venderlo supone el doble.

Florentino Rodao

CLAVES
DE LA
ECONOMIA
MUNDIAL



© Instituto Español de Comercio Exterior (ICEX)
Secretaría de Estado de Comercio y Turismo
Ministerio de Economía
Pº de la Castellana, 14-16
28046 Madrid
Tel: 902 349 000
www.icex.es

Depósito Legal: M-47433-2000
ISBN: 84-7811-361-4
NIPO: 381-00-003-3